

y á él se lo pido humildemente, que en lo de adelante no pasarán las cosas así, y que, si es posible, repararé el mal que haya causado...

Y el padre Martín, al decir estas últimas palabras cayó de rodillas delante de la cómoda de caoba, donde aun estaban los ornamentos de lino blanco y de tela de oro que iba á revestir para celebrar la misa. Oyó los pasos del sacristán, y como si hubiese cometido una falta, se levantó violentamente, dió un paseo por la sacristía, se limpió la frente con su pañuelo, y procuró componer su semblante. Ya estaba tranquilo. Martín, el soldado, lo había confesado.

CAPÍTULO XLIV

Sacramentos con música

SIEMPRE distraído y pensativo; tú no serás hombre en los días que te queden de vida. Veamos, ¿por qué no fuiste anoche á la quinta?

Quien decía esto era Josesito, que se encontró con Arturo sentado en la solitaria glorietta de la Alameda que está cerca de la salida de San Diego.

—Ni distraído ni pensativo, sino cansado, y precisamente porque no fuí anoche emprendí hoy el viaje, pero era ya tarde, me revolví á medio camino porque el sol picaba mucho y descansaba un rato con la idea de dar una vuelta por el Colegio de las Bonitas y saber algo de Celeste, de nuestra hermanita de la Caridad á quien todos han olvidado menos yo, pero vamos ¿qué hubo anoche? ¿qué tal estuvo la velada? ¿qué historia se contó ó que novela se leyó?

—Qué velada había de haber. Si en México no tienen

formalidad las gentes. La quinta sola. Teresa con una jaqueca horrible, encerrada en su recámara, quizá algún disgustillo con Manuel, de esos que tenemos los que estamos enamorados, como yo de Celestina; el capitán había sido llamado á Palacio; Florinda mandó decir que Luis tenía una junta á las nueve de la noche con ciertos acreedores que pretendían embargar la hacienda de la Florida... todavía andamos en eso, y ya creíamos, según él mismo nos dijo, que todo estaba terminado; Juan Bolao en grande y muy contento, platicando con Carmela. Me parece que ya se entienden muy bien los dos, y que pocos días han bastado para que ese calavera, que siempre ha estado echando sátiras á los casados y á mí principalmente, se enamore como un colegial, y ya verás, él y tú nos darán el buen día. Las comedias y las novelas siempre acaban con el castigo del traidor y un casamiento, pues hagamos que nuestras veladas acaben con tres ó cuatro casamientos, y el castigo de otros tantos traidores, sólo que tú estarías mejor entre los turcos.

—¿Por qué?—le preguntó Arturo, que no había podido cortar la seguida relación de su amigo.

—Porque necesitas que una sea la sultana preferida y otras las odaliscas del harem. ¿Cuál escogerías para sultana? ¿á Celeste ó á Aurora? Para odaliscas á Mariana con todo y ser ya jamona; á Carmela y á las demás que pudieras elegir en una noche de ópera en los palcos del teatro.

—Calla, ni tengas tales propósitos, porque de veras me pones de mal humor. La felicidad suprema de un hombre es amar á una sola mujer, unir su suerte y adorarse y vivir eternamente con ella que no me puedo expli-

car, ya te lo he dicho, amo á las dos igualmente, pero de una manera tal, que perdiendo á una soy desgraciado con la otra.

—Y lo que seguramente te va á suceder, es que te quedarás sin las dos. Hasta ahora son novicias, pero si te da la gana de profesar la una de monja de la Concepción y la otra de hermana de la Caridad, buen negocio has hecho después de años de suspirar. Decidete por Aurora y deja á Celeste que siga su inclinación que parece que por su bondadoso carácter es el ángel destinado para aliviar los sufrimientos de los enfermos.

—Imposible, jamás podré olvidar á Celeste.

—Pues entonces ¿qué cosa más sencilla?—dijo Josepito levantándose de la dura banca de piedra en que estaban sentados,—cásate con Celeste.

—Imposible,—contestó Arturo.—Sería yo el hombre más infame si dejara encerrada en un claustro á una mujer tan valiente, tan guapa, tan espléndida como Aurora, que parece hecha de luz y de oro, y perseguida además por ese padre Martín y por ese malvado D. Pedro y por todo el mundo. Aunque la vida me costara, yo la libentaré y será mía, nada más que mía.

Arturo se levantó á su vez y se paseó con agitación por el alrededor de la fuente cuyo chorro sonoro que se elevaba y volvía á caer y á elevarse sosteniendo un limón, servía como de música al duo de amor que cantaban los amigos.

—Vamos, te vas á volver loco; ya hablaremos de eso, lo que me ocurre es que entregues tu suerte á la suerte misma. Jugaremos un albur de una onza de oro. Si pierdes, me das una onza y te casas con Celeste. Si lo ganas no te doy yo nada y te casas con Aurora ¿qué más

ganancia quieres? Medio millón de pesos que le arrancaremos con el pellejo, si es necesario, al padre Martín.

—Supongo que no hablas seriamente,—le dijo Arturo encarándose con cierta formalidad.—¡Qué vileza! jugar á un albur á dos ángeles que de veras ángeles son y no mujeres.—Si hablaras de veras no te volvería á saludar.

—Ni por pienso, Arturo,—le respondió inmediatamente Josesito abrazándole la cintura.—Sabes el cariño y el respeto que tengo por Aurora, por Celeste y por todos nuestros amigos. La vida daría por ellos y había de burlarme? De veras es menester que te distraigas y sobre todo que reflexiones y te fijes de una vez. Ven, acompáñame, que tengo mil cosas entre manos con esta maldita revolución que no se puede ya contener y que es menester dirigir para que resulte en favor de nuestros intereses.

Los del batallón Victoria estaban ayer como agua para chocolate, ya querían estallar, pero los contuve, y hoy tengo que arreglar muchas cosas para estar listos para la velada de esta noche, y te voy á dar una mala noticia. Mejor dicho, la mala noticia es para el capitán y para Teresa.

Los dos jóvenes se internaron en una de esas sombrías y frescas calzadas de fresnos que se llama *El Paseo de los Enamorados*, continuaron su conversación, y tantas cosas tenían que decirse, que abandonaron la deliciosa Alameda sin querer ni advertirlo; discurrieron por varias calles de la ciudad, deteniéndose á saludar á varios amigos que encontraron y que querían saber noticias políticas, hasta que llamó su atención un grito que corría hacia una boca calle, y los sonidos de

música militar que tocaba una marcha ó un trozo de ópera. No se percibían distintamente más que los golpes sobre la tambora y el repiqueteo del chinesco. Hiciéronse paso, voltearon la esquina y se cercioraron de que no se trataba de un *victor* patriótico, como habían de pronto creído, sino de unos sacramentos con música. Siguieron la comitiva.

Delante marchaban de dos en dos como veinte personas vestidas de negro con sus escapularios en el pecho. Eran los hermanos de la cofradía de Aranzazu. Seguía la estufa de gala del Sagrario, tirada por cuatro mulas pintas y montados en la de silla dos respetables viejos con sus casacas nuevas, sus chalecos blancos y sus limpios y tiesos cuellos que subían hasta el borde de las orejas. Eran los cocheros de *nuestro amo*, que con trabajo gobernaban á las mulas y guiaban el carruaje por los agujeros y baches de las mal empedradas calles. Los cocheros verdaderos iban á pié, colgándose á veces del freno de las mulas que servirán de guías y que seguramente desconocían la débil mano que tenía las riendas. Detrás de la estufa caminaban de dos en dos y con gruesos cirios en la mano, el resto de los nobles cocheros, los individuos que pertenecían á diversas cofradías con sus escapularios blancos ó verdes en el cuello, y después diversos particulares vestidos de negro y frailes dominicos, franciscanos, dieguinos, fernandinos y mercenarios, mezclados y todos con cirios de cera en la mano. Detrás de la procesión la numerosa y bien organizada multitud del batallón de Granaderos, que tocaba una marcha religiosa. Delante, en los costados y detrás de esta procesión, multitud de curiosos que se empujaban y se atropellaban, ya para estar cerca de la música, ya para mi-

rar á los señores cocheros, ya para rozarse con los hábitos de los frailes.

—Sacramentos y muy solemnes como yo nunca había visto en México,—dijo Arturo á Josesito.—De esto no hay en Londres, y si no tienes mucha gana de almorzar, seguiremos un rato la procesión. Mucho me gusta ver esto. El culto católico es alegre y atrae á las gentes. Habla al corazón y á la imaginación al mismo tiempo. Los protestantes son tristes, áridos, haciendo alarde de una severa virtud que tal vez no tienen en el fondo. Sus iglesias no tienen santos ni altares. Paredes lisas pintadas de blanco, los asientos en una sala que parece un teatro pequeño, la tribuna para el pastor, y el coro para los cantores y cantoras que generalmente son muchachas muy bonitas, y con su voz suave de doncellitas lo hacen muy bien.

—Lástima que yo no pueda contar tantas cosas interesantes de Inglaterra como tú que has estado tanto tiempo, y en cuanto se arreglen nuestros asuntos y tenga yo algo seguro, que, como hay Dios, me marchó con Celestina, y bastante sé ya de inglés para hacerme entender, pero tengo curiosidad de saber para qué enfermo son estos sacramentos.

—Debe ser muy rico y personaje de alto copete, porque de otra manera no hubieran venido las cofradías y los conventos enteros de frailes, ni mucho menos la música del batallón de Granaderos. Será sin duda muy tímido del coronel y del comandante de la plaza.

Los dos amigos se agarraron del brazo para no ser separados por la multitud, que aumentaba en cada boca de calle, resueltos á seguir los Sacramentos con música hasta la casa del enfermo.

Más de media hora anduvieron por diversas calles, donde se habían puesto de intento cortinas en los balcones, saliendo los vecinos á las puertas á alumbrar al Viático con delgadas velas de sebo, y cual fué el asombro de los jóvenes, cuando aquella religiosa comitiva se detuvo en casa de D. Pedro, y el cura bajó de la estufa con el copón cubierto con un paño de oro y subió las escaleras, seguido de los hermanos de las cofradías y demás concurrentes. Desde la puerta del zahuán hasta la recámara del paciente había una alfombra de ojas de rosa. Josesito y Arturo, sin hablarse pero guiados por un mismo pensamiento, se mezclaron con la concurrencia, donde no les faltaban conocidos á los que saludaron respetuosamente y en voz baja y compungida para unir sus manifestaciones de sentimiento á la de los amigos del enfermo.

Desde el salón hasta la recámara de D. Pedro las puertas de los balcones estaban abiertas de par en par, y la luz radiante del sol daba á esas habitaciones amuebladas con lujo y regadas de hojas de rosa un aspecto muy alegre. El enfermo, recostado en una cama de bronce dorado y cubierto con una sobrecama roja de damasco de China, apenas dejaba ver una parte de su cabeza calva y la punta de su nariz, pues lo demás lo cubrían, sin duda por disposición de los médicos, finos pañuelos de batista. Frente á la cama, se improvisó un altar revestido de sobrecamas de China, bordadas de colores y encima un limpio mantel de alguna iglesia; seis grandes candeleros de plata con velas de cera alumbraban un crucifijo de una acabada perfección escultórica. En el mismo altar, fijados en la pared, había multitud de cuadros al óleo de escaso mérito que representaban la imagen de santos

y vírgenes, y habían sido mandados por monjitas, frailes y beatos, para que intercedieran por D. Pedro y Dios le concediese la salud ó una buena muerte si le convenia. Cuando el cura entró ya había en la recámara tres clérigos y dos padres camilos con su traje talar negro y su cruz roja en el pecho. La criada más antigua estaba de pié como una estatua en la cabecera de la cama, y las demás asomaban la cabeza por la puerta del gabinete excusado donde se ocultó Teresa la noche en que se verificó la extracción de las escrituras y papeles.

Josesito y Arturo, que como ya se sabe conocían intimamente á la servidumbre de D. Pedro, lo primero que hicieron fué hablar á las que estaban más cerca é inquirir en voz baja noticias. D. Pedro se había, no sólo restablecido del susto que le causó la aparición repentina de Teresa, sino que pocos días después comenzó á engordar y á recobrar sus fuerzas, comía mejor, subía la escalera sin fatigarse y estaba alegre como una pascua, y decía delante de los criados ó á ellos mismos, que desde la resurrección de Teresa, aparte de la impresión pasajera que le había causado, estaba más contento y los negocios arreglados, y que no tenía otro pensamiento sino que se casase con el capitán y viviesen con él en familia, y á este efecto había mandado disponer y decorar lujosamente el departamento mejor que les tenía reservado. El amo estaba inconocible, decían las criadas, y Arturo y Josesito, cada vez más asombrados al oír estas noticias, tanto más cuanto que estaban enterados por los informes de Luis que el juzgado había dictado una providencia que quitaba á D. Pedro el manejo de los bienes y le señalaba un plazo perentorio para la formación de las cuentas.

—Pero el pobrecito del amo,—proseguía la galopina, —salió antes de ayer después de que le di el desayuno, muy contento, bueno y sano, y ya á medio día se puso malo. Se llamaron inmediatamente los médicos de cabecera, que dijeron que estaba muy malo, y citaron junta que se verificó en la tarde y asistieron cuatro médicos más; en todo, siete. En la noche le abrieron un *tlacoll* que tenía en la espalda, y el pobrecito del amo gritaba tanto que daba lástima, y para que no se oyera en la calle tuvimos que cerrar los balcones. Después de la operación los médicos de cabecera se quedaron un rato y dijeron que era necesario que se confesara y recibiese los Sacramentos. Buscamos al padre Martín, pero imposible de encontrarlo, y como se agravaba, el portero, que había sido criado de San Camilo, fué por unos padres que vinieron en el acto, lo confesaron y lo han estado ayudando á bien morir. El escribiente fué á arreglar los sacramentos y á convidar, y ya ven ustedes en qué situación se encuentra, que creemos que no acabará la noche.

Esta conversación, de que no perdieron una sílaba Josesito y Arturo, pasaba mientras los asistentes, arrodillados delante del altar y con los cirios encendidos en la mano, rezaban diversas oraciones que debían preceder, según orden expresa de D. Pedro, al acto solemne de la Comunión, y que concluyeron cuando ya nuestros amigos se habían enterado de cuanto querían saber.

El cura, con el copón y la hostia consagrada, y ayudado del acólito que tenía una bandeja de oro, se acercó al lecho del enfermo, el cual hizo un esfuerzo para sentarse en el lecho y lo logró ayudado de los dos padres camilos.

—¿Tienes algo de que reconciliarte?—le dijo el cura con una voz solemne,—y ten presente que vas á recibir el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y que tu alma debe estar sin la más leve mancha y pura como el día en que naciste.

D. Pedro hizo una seña negativa, murmuró algunas palabras que nadie comprendió y sacó una lengua negra que instintivamente hizo retroceder la mano del cura que tenía la pequeña hostia; sin embargo la colocó de modo que no pudiese caer sobre las sábanas, y al mismo tiempo pronunció las palabras solemnes: *Corpus domine nostre Jesucristi custodiam animam tuam*, etc.

D. Pedro retiró su lengua negra, donde se pegó la forma, y cerró su boca; los padres camilos lo recostaron en las almohadas, y la criada le colocó en orden los pañuelos de batista.

—Si te conviene, Su Majestad te dará, con esta comunión, la salud en este mundo, y si no la vida eterna.

Arregló en seguida los santos óleos que, seguramente después de haber visto una lengua tan negra, no consideró conveniente pasar por los piés de D. Pedro, y como nadie reclamase ó exigiese esta ceremonia, pasó por olvidada, y el eclesiástico, con su copón de oro en la mano, bajó solemnemente la escalera seguido de los concurrentes que, con cirio en mano, habían llenado la recámara, y montando en la estufa, la campanilla anunció que los Sacramentos con música, que había tocado las piezas del *Pirata* mientras comulgaba el enfermo, habían terminado, y que la comitiva, sin hacer rodeos, por diversas calles se dirigía directamente al Sagrario.

CAPÍTULO XLV

La muerte del justo

ARTURO y Josesito se despidieron de las criadas, prometiendo volver á informarse de la salud de D. Pedro, y salieron mezclados con la concurrencia, que se reorganizó para acompañar el Viático, pero á pocos minutos entregaron al sacristán los cirios que les habían dado y torcieron por la primera calle que se les presentó.

—Para mí tengo,—dijo Arturo,—que no llega á media noche. Este viejo está podrido por dentro y es víctima de un vicio de la sangre; no tiene remedio, pues la operación de abrirle un *tlacoll* (1) no es para haberlo puesto en el estado en que está.

—Lo mismo creo yo, y ¡qué casualidad que hayamos acertado á pasar por el mismo camino que llevaban los Sacramentos! ¿Sabías la enfermedad de D. Pedro?

(1) *Tlacoll*, palabra azteca, *flegmon*.

—¡Qué animal eres! ¿no acabamos de oír que ha sido repentina?

—Dices muy bien, soy un animal,—respondió Josesito,—pero la verdad es que pensaba en otra cosa.

—¿Qué cosa? porque á mí se me ha venido en este instante á la cabeza tal vez el mismo pensamiento.

—Que la muerte de D. Pedro, porque no cabe duda que se morirá, nos deja completamente en paz, pero que no debemos perder la oportunidad de asistir á sus últimos momentos y de enterarnos de lo que pase para ponerlo en conocimiento de Luis, que, como te he dicho, tiene una demanda encima.

—¿Y qué hacer?

—Es lo más fácil; dejamos por el momento los negocios de pronunciamiento, aunque el diablo se lleve á la ciudad, almorzamos en cualquier fonda, después nos vamos á la quinta á avisar lo que pasa á Manuel y á Teresa; y volvemos ya entrada la noche á la casa de D. Pedro. Si se ha muerto, tanto mejor, quiere decir que ya se lo llevó el diablo, y si no, bajo el pretexto de velarlo, nos quedamos en la noche. Las criadas, con todo y sus lástimas y del sentimiento fingido, detestan á su amo y no tendrán inconveniente ninguno, sobre todo si tú les hablas.

—¿No sería bueno que viniese Teresa?—dijo Arturo,—al fin ha sido su tutoreada y por el *qué dirán*...

—Ahora me toca decirte á tí que eres un animal. ¡Qué idea! ni por pienso, Manuel no lo consentiría. Nosotros solos debemos estar á la cabecera de D. Pedro, si es posible, y por lo menos sabremos dónde tiene los demás papeles y documentos que nos faltan para ahorrarnos de pleitos y pretensiones, que lloverán en cuanto se sepa su

maldecimiento; nada, nada; volvamos á nuestra primera idea. En el gabinete donde se ocultó Teresa, hay buenos sofás y sillones, y mientras uno duerme otro velará y escuchará y tampoco nos faltará un buen vino y algo que nos dé fuerzas para soportar la desvelada.

Como lo dijeron lo hicieron, y cosa de las ocho de la noche ya estaban instalados en la casa, pues las criadas, que veían que su amo iba ya á desaparecer, lejos de tener dificultad, los instalaron en el consabido gabinete y les dijeron que tendrían café, té, ó lo que quisieren durante la noche y que nadie sabría que estaban allí escondidos. Los médicos que se acababan de ir, encontraron al enfermo algo aliviado, recetaron una bebida, y ordenaron que si se quedaba dormido, no se le despertase ni se le hablase, que se guardase mucho silencio, que no se admitiesen visitas ningunas; en suma, no encontraron el caso desesperado y esperaban en la noche una crisis favorable. Los padres camilos, que se habían marchado después de los Sacramentos, volvieron á cosa de las nueve, entraron á la pieza que se les había señalado, dejaron sus sombreros y manteos, y de puntillas pasaron á la recámara del enfermo y observando que estaba quieto y que dormía, prolongaron su excursión al comedor, donde se les sirvió un excelente chocolate. Arturo y Josesito, también de puntillas, se colocaron en la pieza inmediata al comedor que estaba oscura y donde podían escuchar y espiar sin ser vistos.

—¿Qué opinión tiene nuestro hermano?—dijo uno de los padres camilos dirigiéndose al otro.

—Que este santo, porque según fama que ha llegado hasta nuestro convento, D. Pedro es un santo, no acabará la noche.

—Pues yo tengo la opinión,—respondió el otro,—de que en estos mismos momentos se está efectuando una crisis favorable, y que mañana, Dios mediante, los médicos lo encontrarán muy aliviado y no habrá más sino cuidarlo mucho en la convalecencia, porque está débil, y muy bien podría ser que sucumbiese por falta de fuerzas, que lo que es la enfermedad era cualquier cosa, un *tlacotl* insignificante, que ha desaparecido con la operación que le hicieron (1).

—Nuestro hermano,—replicó el padre camilo más joven,—tiene más experiencia que yo, y respeto su parecer, pero insisto en creer que no acabará la noche, y ya lo veremos. Ese sueño que tiene no es más que un sopor y probablemente los doctores le habrán dado opio. Además, no niego tampoco que D. Pedro sea una persona buena y caritativa que no ha dejado de dar regulares limosnas á los hospitales, pero ¿quién puede decir que es justo delante de Dios? En su larga carrera por este mundo debe haber cometido muchos pecados de que acaso no se habrá acordado cuando se confesó; y nuestro deber es procurar recordarle sus faltas, si las ha olvidado, las recordará y se volverá á confesar, y si las calló intencionalmente, entonces, y no lo quiera Dios, ha cometido un sacrilegio, y si no se vuelve á confesar y tiene un verdadero acto de contrición, su alma se perderá.

—Pronto sabremos, hermano, quién tiene razón, pues de aquí á mañana, ó ha muerto ó la crisis ha sido decisiva y tendrá aún muchos años de vida. En cuanto al otro punto que el hermano ha tocado, tiene alguna razón.

(1) Si el curioso lector observa algún anacronismo, en lo que se refiere á los padres camilos, se le suplica lo dispense. La narración exigía que hubiese padres camilos á la cabecera de D. Pedro.

zón, y más vale pecar por carta de más que por carta de menos, y ya verá usted como por mi parte no permitiré que el demonio se acerque á disputarnos esta alma, si debe dentro de pocas horas comparecer ante Dios.

De estas y otras cosas análogas platicaron los dos buenos padres largo rato, hasta que creyeron que debían volver cerca del enfermo que había quedado acompañado de dos criadas que no se despegaban de la cabecera. D. Pedro, ó dormía ó era efectivamente presa del amodorramiento que precede á la muerte, el caso es que permanecía tranquilo, y que los padres, después de componer y cortar el pábilo á dos velas de cera que ardían, se acomodaron en sus sillones y las criadas se sentaron á los piés de la cama. Josesito y Arturo, entretidos de la conversación de los padres, volvieron á su gabinete, se acomodaron á su vez en los sofás, y como el día había sido de fatigas y de correrías, y la casa y la calle estaban silenciosas de modo que no se oía más que el tic-tac de la péndola del reloj del comedor, no tardaron en cerrar los ojos.

Entre las doce de la noche y la una de la mañana, despertaron, se restregaron los ojos y se dirigieron al rincón del gabinete desde donde podrían descubrir bien la cama de D. Pedro, y cual fué su estupefacción y asombro al observar á Rugiero sentado en un sillón á la cabecera, y al paciente medio recostado en sus almohadones y platicando con cierta facilidad, como si hubiese terminado la enfermedad por una crisis favorable, según el pronóstico del padre camilo. Sin decirse una palabra Josesito y Arturo se pusieron á escuchar.

Los padres camilos estaban profundamente dormidos,

y las criadas, cansadas y soñolientas se habían retirado á sus cuartos á descansar un rato.

—La enfermedad pasará, amigo D. Pedro, yo se lo aseguro á usted,—decía Rugiero.—Lo que importa es tener valor y no dejarse abatir.

—¡Ay amigo!—contestaba D. Pedro con voz casi natural.—La vida es muy amarga, pero ninguno quiere perderla, y cuando nos vemos enfermos apreciamos lo que vale. La vida, sí, la vida, aunque sea en un pobre cuarto de un pueblo y comiendo frijoles y un pedazo de pan.

—¿Quién piensa en mendrugos de pan, ni en un miserable pueblacho? La vida, sí, la tendrá usted en su buena casa, con su dinero, sus criados, sus comodidades, su buena mesa, y sus muchachas bonitas, que le sabrán hacer llevadera la existencia. Los que somos viejos necesitamos más de las mujeres que los muchachos, que se divierten con amores platónicos. Lo que importa es no hacer el menor caso de las amenazas y gritos de esos cuervos que están dormidos en los sillones y que le dirán á usted que los diablos están esperando en la cabecera para llevarse su alma. Los diablos no son tan malos como ellos los pintan, y las almas se van por su propio paso á los abismos sin necesidad de hacer un viaje tan largo desde el infierno á la cabecera de los moribundos. No se muera usted y es asunto acabado; no habrá alma que se lleven, que quedará para seguir animando ese cuerpo que debe aprovechar los instantes para entregarse á los placeres.

D. Pedro al escuchar á Rugiero se removía, se acomodaba mejor en su lecho, y sus ojos, mortecinos y vidriosos hacía pocos momentos, se animaban con una llama de lujuria y de avaricia.

—El dinero, y nada más que el dinero, es la gloria y los siete cielos en esta vida. Con el dinero se compran las mujeres, y el que tiene dinero, mujeres y una copa de vino añejo, no tiene ya ni que desear ni que esperar. Sobre todo, amigo D. Pedro, no devuelva usted nada de lo que tiene, no haga usted donaciones, no suelte usted un escudo de los miles que tiene usted escondidos. Mañana, la semana entrante cuando más, se encontrará sano y fuerte y se arrepentirá usted de haber regalado el oro, que es de usted, pues que usted lo tiene. El dinero es de quien lo tiene, no de quien lo reclama, aunque sea con justicia. Tátese los oídos cuando esos cuervos lo amenacen. Embustes y mentiras que inventan para que por el miedo los instituyan herederos los moribundos ricos. A los pobres apenas les dicen cuatro palabras, si es que no los dejan morir como unos perros.

D. Pedro, fascinado, sonreía, y sus ojos, cada vez más ardientes y expresivos, revelaban la clase de emociones que experimentaba y los apetitos que despertaba Rugiero en los últimos instantes de su vida.

Era la tentación en toda forma, perfectamente caracterizada.

D. Pedro, fascinado y como agobiado con la conversación que continuó cada vez más seductora por parte de Rugiero, fué cayendo poco á poco en los almohadones y volvió al sueño tranquilo ó al sopor del opio, tal como lo encontraron los padres camilos cuando acabaron de tomar su sabroso chocolate.

Los religiosos continuaban durmiendo sosegadamente.

Las dos velas de cera con su largo pábilo que terminaba en una mota negra, apenas reflejaban una luz in-

decisa; los cuadros de los santos parecía que se desvanecían convirtiéndose en un fondo ahumado, y los frascos de medicinas que en desorden llenaban una mesita colocada cerca de la cama, despedían un olor de laboratorio y de botica.

La figura de Rugiero vestido de negro, parecía que se volvía gigantesca y llenaba la estancia, y sólo de cuando en cuando brillaba con una luz siniestra el fistol de ópalo que tenía prendido en una limpia camisa.

Josesito y Arturo estaban aterrorizados.

Quién sabe cuanto tiempo transcurrió, y Josesito y Arturo, mudos como si hubiesen perdido el uso de la palabra, se retiraban vacilantes á reclinarse en el sofá cuando escucharon un grito desgarrador.

—¡Me muero, me muero!

A este grito siguió una carcajada estridente de Rugiero, el que se levantó del sillón y casi se envolvió en uno de los pliegues de la pesada colgadura de seda que abrigaba el suntuoso lecho del tutor de Teresa.

Los padres camilos despertaron sobresaltados, se restregaron los ojos y acudieron á la cabecera del moribundo.

—¿Qué es eso, Sr. D. Pedro? ¿qué siente usted?—le dijo el más joven.

—¡Que me falta la vida! ¡que me muero en pecado mortal, y que el diablo quiere llevarse mi alma!

—Eso no será,—contestó el camilo,— porque aquí estamos nosotros para impedirlo. ¿Tiene usted algo de qué arrepentirse?

—Sí, sí,—respondió D. Pedro,—pero no puedo, es imposible.

—Nada es imposible para la voluntad de Dios, pero el

tiempo urge y no hay que perder un solo instante. ¿Con quién de los dos quiere usted reconciliarse?

D. Pedro hizo seña de que quería que el camilo de más edad lo reconciliase, pues desde luego, la poca edad del que le estaba hablando no le inspiraba confianza.

A una insinuación de los padres, la criada que estaba al pié de la cama se retiró, y acercándose el elegido para oír la última confesión, se acercó á la cama, y en voz trabajosa y casi ininteligible, D. Pedro le confió los pecados que le remordían la conciencia y que no había sin duda dicho antes de recibir los sacramentos. Como este cansado por este último esfuerzo, D. Pedro, que se había medio enderezado, cayó á plomo en las almohadas y todo quedó en silencio por algunos minutos.

Rugiero, aprovechando el instante en que los padres habían ido á tomar en la mesa un libro y á espabilar las velas, salió de la envoltura de seda en que estaba escondido, inclinó su cara hasta tocar con la de D. Pedro, y le dijo en el oído:

—No se deje usted vencer por esos cuervos, no dé nada, ni á los hospitales, ni á los conventos, ni á los pobres, no suelte usted el dinero, ni haga promesas, ni tenga miedo, pues usted va á sanar, y los dolores y las ansias que va á tener no serán más que los efectos de la crisis. Mañana estará usted completamente bueno.

Apenas había Rugiero retirado su cabeza y vuelto á su escondite en el cortinaje, cuando D. Pedro, que había hasta entonces dado muestras de una extrema debilidad, se sentó en el lecho como si estuviese bueno, paseó sus ojos vidriosos por la recámara y los fijó en los dos padres camilos.

—No,—les dijo,—no lograréis que yo diga donde está

el dinero, que es mío, muy mío, ganado con años de trabajo y de penas; mis onzas de oro, mis escudos españoles, mis pesos nuevos, y mis alhajas, y mis cajas de polvos con brillantes, y mis haciendas y mis casas en las mejores calles de la ciudad; todo es mío, mío, y no lo he de dejar á nadie, ni lo he de devolver. Esa Teresa es una mujer prostituida, y ese capitán un jugador, y ese Arturo un petardista, y sólo Celestina, Celestina me ha querido en el mundo. Dinero, dinero siempre me pedía la madre; ella no, ella nunca, la madre una maldita vieja que me habría matado el día menos pensado. Que vengan los criados para que vayan á buscarme á Celestina, ella será mi única heredera, á ella le diré mis secretos, á ustedes no, padres camilos, á ustedes no, que han venido enviados por Teresa y por Aurora para arrancarme mis secretos y para hacerme creer que me voy á morir, mentira, mañana estaré bueno, y me levantaré y pondrán el coche, y en este coche vendrá conmigo Celestina y vivirá aquí, en esta casa para no salir nunca de ella.

D. Pedro cesó un momento de hablar y paseó otra vez su mirada inquieta por la estancia.

Los padres camilos, estupefactos y mudos porque no esperaban después de haberlo confesado por segunda vez semejante escena, y creían que el paciente no podía moverse del lecho, recobraron después de algunos momentos su actividad y el uso de la palabra.

—Es el diablo, hermano,—dijo el camilo más joven.— Es una lucha terrible la que tenemos que emprender. D. Pedro tiene fiebre, y lo que ha dicho no es más que efecto del delirio, pero un delirio que revela el estado de su alma, y ya se lo había yo dicho, hermano, ese hombre tiene secretos y pecados que no ha confesado, y si

nosotros nos descuidamos, esa alma va derechita á los infiernos.

—¿Qué hacer?—preguntó el otro.

—No hay más remedio que aterrorizarlo con las penas eternas, quizá el miedo le hará prescindir de estas tentaciones, y esa alma rebelde confesará sinceramente sus faltas.

—Es verdad, no queda otro camino.

Esto diciendo, los padres habían encendido varias velas de cera, colocándolas delante de los santos, y acercándose el más joven á la cama de D. Pedro, le dijo con una voz suave y persuasiva:

—Lo que acaba usted de decir, Sr. D. Pedro, no es más que el efecto de la calentura. Cálmese usted; piense que le quedan pocos instantes de vida, y que debe aprovecharlos para arrepentirse de sus muchos pecados.

D. Pedro meneaba la cabeza negativamente.

El otro camilo salió de la recámara un momento y volvió á entrar en ella acompañado de mujeres que traían más santos y más velas. En un momento se iluminó y se llenó de gente la recámara, pues así como habían permitido las criadas antiguas la entrada á Arturo, de la misma manera llevaron á sus parientas y conocidas para que les ayudaran á velar y á rezar en los últimos momentos de un amo tan caritativo.

D. Pedro continuaba sentado, paseando sus miradas descarriadas como las de un loco por los que estaban en la recámara, fijándolas con enojo en los padres camilos.

La criada que especialmente lo asistía y que recibía las instrucciones de los médicos, tomó una de las muchas botellas, la removió y vació la mitad de su conte-

nido en un vaso. D. Pedro lo tomó y bebió el líquido con avidez.

—Más, quiero más,—dijo con voz llena é imperiosa.

La enfermera, de otra botella llenó un vaso más grande y se lo dió. Era agua de goma ligeramente azucarada que los facultativos habían ordenado se le diese cuando tuviera sed. D. Pedro la tenía devoradora y ardía por dentro. Bebió otro vaso más y volvió á caer en las almohadas.

Los padres camilos aprovecharon esta oportunidad.

—Piensa,—dijeron en coro unas veces y alternando otras,—que vas á comparecer ante la presencia de Dios, y que si no aprovechas estos últimos instantes, tu condenación será eterna.

—¿Tienes presente, oh alma empedernecida, lo que es el infierno?—dijo el camilo más joven.

El enfermo movió la cabeza como negando que hubiese infierno, pero se estremeció y volvió los ojos en blanco.

—¡Jesús te ayude!

—Jesús te ampare,—respondieron en coro las ocho ó diez personas que estaban arrodilladas al derredor del lecho con velas de cera encendidas en la mano.

—El Señor reciba tu alma.

—Dios tenga piedad de tí, pecador endurecido,—dijo el camilo joven con cierto acento de enojo.

Pero pasó esta crisis, D. Pedro volvió á una calma relativa, y el camilo joven á su tema del infierno.

—¿Sabes lo que es el infierno, pecador? Tormentos crueles y eternos. Los avarientos están sumergidos en unas calderas de oro hirviendo, queriendo salir, y cuando ya creen haberlo logrado, los demonios los vuelven á su-

mergir. Claman á la muerte y la muerte no viene, porque no tiene poder en los infiernos.

—¿Sabes lo que se espera á los lujuriosos? La boca de donde salieron palabras livianas es quemada con tizonas ardiendo; los ojos que se recrearon en la contemplación de la carne, son clavateados con punzantes espinas, y su cuerpo azotado y despedazado con garfios de hierro enrojecidos, y después bañados en cubas de azufre hirviente.

El camilo decía esto con voz lúgubre y cavernosa, y los asistentes estaban tan aterrorizados que alguno dejó caer la vela que tenía en la mano.

Rugiero aprovechó el momento en que los padres se dedicaron á tomar un acetre de plata con agua bendita para acercarse á D. Pedro y le dijo en el oído:

—No es verdad, eso no es verdad, y yo lo sé mejor que ellos.

D. Pedro, como movido por un resorte, se sentó otra vez en la cama y repitió las mismas palabras de Rugiero.

—¡Eso no es verdad, no es verdad!—gritó con una voz hueca.

Un murmullo de horror y escándalo se escuchó en la recámara. Las criadas y sus conocidas nunca habían pensado que D. Pedro, tan cristiano en vida, hubiese podido decir cosas semejantes á la hora de la muerte.

—Es el delirio lo que lo hace proferir estas palabras, y el demonio que siempre está á la cabecera de los moribundos,—dijeron los padres.

Las cortinas de seda del pabellón se removieron, pero nadie advirtió que un hombre salió de entre ellas y en unos pasos ganó la puerta más cercana. Arturo y Josesito,

que estaban como magnetizados con estas escenas, miraron una como sombra que pasó rápidamente y creyeron reconocer la figura de Rugiero. Sin decirse nada se estrecharon la mano y se comunicaron su pensamiento.

D. Pedro volvió á caer como descoyuntado, y un gruñido sordo que oían aun los que estaban lejos, indicaba que ya tenía el estertor de la muerte.

—¡Señor justiciero pero misericordioso, recibe su alma y perdónale sus muchos pecados!—exclamaron con fervor los camilos.—¡Jesús te ayude!

—¡Jesús te ampare!—respondían en coro las criadas, y cada una rezaba ó padres nuestros ó jaculatorias, ó oraciones que sabían de memoria; el caso era decir algo para ayudar á salir de la vida lo más pronto posible á su querido amo.

—¿Te arrepientes de tus pecados, que por grandes que sean te serán perdonados si haces un verdadero acto de contrición?—le preguntaron en coro los padres.

La fatiga no dejaba responder á D. Pedro, y por momentos le faltaba la respiración.

—¡Jesús piadoso reciba tu alma!

—¡Señor ten piedad de D. Pedro!

—Satanás, apártate del lecho de este hombre que tantas buenas obras ha hecho en este mundo.

¡Jesús te ampare!

—Jesús, ten piedad de su alma,—respondían en coro las criadas.

—Milagroso Sr. San José, acompáñalo en este trance.

—Santísima Virgen de la Merced, llévate lo al purgatorio.

Los rezos distintos, las exclamaciones y algunos sollozos; tal vez fingidos de la mujer del portero, formaban

un ruido tal, que si los balcones no hubiesen estado cerrados se habrían escuchado en la calle.

Los dos padres camilos pusieron un poco de orden en la recámara, mandaron salir á las criadas y apagar las velas, pues el calor y el ruido eran insoportables. Solemne y gravemente tomaron sus libros y comenzaron á rezar las oraciones de los agonizantes. Inútil era hablar ya al moribundo del infierno y de sus penas, pues tenía los ojos cerrados, la fatiga aumentaba y parece que había perdido el conocimiento.

El resto de la noche se pasó en una tranquilidad relativa, las campanas de las iglesias tocaron el alba, la luz de las velas comenzó á palidecer y la del sol á entrar por el balcón, que la enfermera entreabrió para renovar con un poco de aire fresco, la pesada atmósfera de la estancia.

En esto eran cosa de las seis. Tocarón el zahuán fuertemente. El portero y la familia descendieron á abrir.

Era uno de los médicos de cabecera y el padre Martín que llegaba también en ese mismo momento.

—¿Cómo siguió el enfermo? ¿qué tal noche pasó?—preguntó el médico.

—Creo que el amo ya espiró; la recámara está en silencio y D.^a Protasia abrió ya el balcón.

—Me lo esperaba,—dijo el doctor, que al retirarse había dicho lo contrario.

—¡Perdido para toda la eternidad, llegué tarde!—exclamó el padre Martín, dándose una palmada en la frente.—No es mi culpa, doctor, hasta hace un momento

no he visto un papel en mi mesa en el que el dependiente de D. Pedro me participaba su gravedad.

El padre Martín daba ya la vuelta para retirarse.

—Subamos sin embargo,—le dijo el doctor.

—Es verdad, subamos y quizá Dios hará un milagro, ya que la ciencia ha sido impotente.

Los dos doctores subieron, y sin hablar con nadie penetraron hasta la recámara del moribundo, donde fueron recibidos por los padres camilos, que les impusieron brevemente de lo que había ocurrido en la noche.

—¿Pero aun vive?—preguntó con ansia el padre Martín.

—Si, aun vive,—contestó el camilo de mayor edad,—mi hermano aseguraba que moriría en la noche, y yo he sostenido lo contrario.

—Bendito sea Dios,—dijo el padre Martín.—Quizá será tiempo de que yo lo salve.

El médico se acercó, tomó el pulso del enfermo y le habló.

—Aliviado, aliviado,—le contestó D. Pedro con voz muy lánguida.—Creo que he tenido un delirio horroroso en la noche, pero caí rendido, y me figuro que he descansado algunas horas.

—Bien, ya veremos, no hay que perder la esperanza,—le contestó muy dulcemente el doctor.—Voy á dar á usted una bebida que lo reanimará.

De entre las botellas, escogió una que aun no se había destapado, y él mismo le dió un medio vaso á D. Pedro.

—Sed, mucha sed,—le dijo cuando acabó de tomar la medicina y se volvió del otro lado dando un grito muy agudo, como el último de su vida. El padre Martín y el mismo médico creyeron que había espirado. El desmayo fué pasajero, y D. Pedro abrió los ojos y miró al padre Martín y al doctor con un expresión tal, que reconocieron, sin que los hablase, que los consideraba como

sus salvadores, que en el momento preciso habían venido para arrancarlo de las orillas de la tumba y volverlo á la vida.

—¿Viviré, no es verdad?—dijo D. Pedro;—entre ustedes dos me darán la salud y la vida, y entonces... entonces, Celestina, Pachita y Joaquina la del estanquillo, Teresa y Aurora, y todas serán mías, porque tengo dinero, mucho dinero en oro, y no me lo pueden robar, porque solamente yo sé donde está y quién lo tiene á mi disposición... sí, mañana, ya podré levantarme, me siento fuerte, muy fuerte para derribar de una puñada á esa vieja maldita, sí maldita sea la madre de Celestina que se ha cansado de robarme el dinero y entregó su hija á ese pillastre de Josesito.

—¿Qué dice este hombre?—preguntó el padre Martín al doctor.

—Mal síntoma,—respondió el médico.—Le ha vuelto el delirio de anoche, y una vez que acabe este esfuerzo nervioso, seguirá la muerte.

Acercóse á la cama, le tomó el pulso al enfermo y sacó su reloj.

—Ciento veinte pulsaciones. ¡Qué esfuerzo de hombre en su edad! Es un caso raro. Su enfermedad, que comenzó con un flegmón insignificante, ha degenerado en una fiebre nerviosa. Dentro de una hora, si no es antes, la fuerza que esto termine con la muerte. Caso raro, si se le dejase solo en este momento se echaría del balcón abajo.

En efecto D. Pedro hizo un esfuerzo para levantarse y comenzó á dar horrorosos gritos.

—Celestina, Celestina, Teresa, Aurora, Florinda, Joaquina, Pancha! ¡todas aquí conmigo, junto á mí, cerca de

mí, que tengo oro, y mucho oro para que tengáis trajes y coches, y perlas y diamantes! Esos cuervos que me han atormentado toda la noche me quieren engañar, pero Rugiero me ha dicho la verdad y me ha asegurado que sanaría y que mañana me podría levantar y salir en mi coche, y ha dicho muy bien... estoy fuerte, vigoroso como si tuviera veinte años... me voy, no quiero estar ya en la cama... mi ropa, mi bata de seda...

D. Pedro hizo un esfuerzo y saltó de la cama. El padre Martín y el doctor lo contuvieron, y lograron acostarlo.

Arturo y Josesito, que estaban en el comedor tomando chocolate y se contaban mutuamente las impresiones de la noche, al oír los agudos gritos de D. Pedro se levantaron y corrieron al gabinete, escucharon las últimas palabras que dijo y observaron que se encontraba en la recámara el padre Martín, á quien no habían visto entrar.

—Ahora va á pasar lo más interesante,—le dijo Josesito á Arturo.

—Sí, ocultémonos y cerremos con tiento la puerta, que tras de las cortinas podremos observar.

—Pero no oiremos gran cosa,—respondió José.

—Sí, pegaremos la oreja á las hendiduras de la puerta.

—Bien, cierra tú que estas más cerca.

Arturo cerró con mucho tiento la puerta, y á la de la salida le echó la llave.

—Doctor,—dijo el padre Martín,—creo que este hombre está loco, porque lo que ha dicho sólo puede salir de la boca de un loco, pero revela su conciencia y el estado fatal de su alma. Son las pasiones las que hablan,

las pasiones más viles, como son la avaricia y la lujuria. Podría usted dejarme solo con él?

—Sí, que puedo,—le respondió el doctor,—y yo quedare en el salón, y me llamará usted si es necesario; poco tiempo nos queda.

—Y es necesario aprovecharlo, y voy á intentar la salvación de esta alma, que creo perdida, si no viene en mi ayuda el poder de Dios.

El doctor saludó respetuosamente al padre Martín y se retiró al salón.

El eclesiástico se santiguó, se arrodilló delante del crucifijo, hizo una corta oración para implorar el auxilio de Dios, se cercioró de que estaban cerradas las puertas y que nadie escuchaba y se acercó en seguida al lecho de D. Pedro que, aniquilado por la violencia del delirio, había vuelto de nuevo á caer como una masa inerte entre los muchos almohadones de que estaba rodeado, pero tenía los ojos abiertos y fijos, y de sus labios brotaba en burbujas pequeñas una espuma sanguinolenta.

Arturo y Josesito se volvían materialmente ojos y orejas, pero veían menos que en la noche que estuvo la puerta entreabierta, y oían muy poco.

El padre Martín, haciéndose superior al aspecto asustoso y horrible de la cadavérica fisonomía de D. Pedro, se acercó al lecho, separó las almohadas y dijo con voz firme pero suave é insinuante:

—Sabe usted quien yo soy, me conoce usted á pesar de la gravedad en que se halla? Podremos aprovechar los momentos que le quedan de vida, para arreglar asuntos importantes.

D. Pedro hizo una seña afirmativa con la cabeza y abrió los ojos.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó.—Él ha permitido que yo venga para la salvación de usted, para descargo de mi conciencia y para el arreglo de los asuntos graves que hemos tenido. ¿Podrá usted hablar?

—Sí, padre Martín, aunque con trabajo, podré responderle.

—Bien, muy bien. Haga usted cuenta, D. Pedro, que está delante de Dios, juez severo que le va á tomar cuenta de sus acciones, y respóndame la verdad. ¿Dónde tiene usted el dinero de Aurora, que monta á la suma de 250 mil pesos en oro? Yo lo recibí, porque así me lo rogó la madre en los momentos de morir. Yo lo entregué á usted en depósito, en confianza, no teniendo relaciones en el comercio. Dígame usted dónde está ese dinero, y á quién se le puede pedir cuando usted muera. Este caudal no es de usted ni mío, y mi honor quedará comprometido si no lo entrego en el momento que lo pida Aurora. Si no lo hago así, dirá que me lo he robado.

—Aurora está emparedada en la Concepción no lo reclamará nunca (1).

—Habrá usted sido capaz, miserable...—dijo el padre Martín con un acento colérico, pero en el acto se calmó.—Aurora no está emparedada sino libre en el convento, y saliendo de aquí, me cercioraré de ello. ¿Dónde está su dinero? Responda usted, yo se lo ruego á usted, y si es necesario se lo mando en nombre de Dios.

(1) Emparedada.—Encerrada en una celda, sin comunicarse con nadie y recibiendo los alimentos por una claraboya. Este castigo se imponía por cierto número de días á las monjas rebeldes, pero el autor de este libro no ha sabido que se usase en los conventos de México, no obstante haber registrado el archivo secreto de la Inquisición, donde hay causas de frailes y monjas bien temerarios, bajo otro aspecto, pero de ninguna de ellas consta que se hubiera aplicado á ese castigo.

D. Pedro no respondió.

—¿No teme usted á Dios? ¿no se estremece al pensar en la eternidad? ¿no se ablanda ese corazón, que dentro de breves instantes ya no latirá en su pecho? Vamos, don Pedro, si no cree usted en Dios, si el diablo mismo se ha apoderado de su alma, recuerde usted al menos nuestra amistad, tan antigua, y los servicios de todo género que le he prestado durante diez años; no me comprometa usted ni deje que ese dinero quede formando parte de una testamentaria que nunca acabará.

D. Pedro no contestaba.

El padre Martín se acercó más, creyendo que tal vez se había muerto mientras él hablaba, pero no era así, continuaba con los ojos abiertos y fijos, y la mano que le tomó ardía como si fuera una brasa de lumbre.

—Yo no he dudado nunca que sea usted rico, pero una parte del dinero en oro ó plata que debe usted tener es de Teresa, es de Arturo, es de Florinda, es de José, es de todas esas personas con quien usted por un motivo ó por otro ha tenido asuntos, y es necesario que usted lo devuelva, y me diga dónde está escondido ó en poder de quién para, pues siendo cantidad tan crecida no ha de existir en esta casa. Vamos, se lo vuelvo á rogar, respóndame usted, yo seré el fiel ejecutor de su última voluntad. ¿Ha hecho usted testamento?

—No,—contestó secamente D. Pedro con una voz donde se notaba el enojo, á pesar del estado deplorable en que se hallaba.

—¿Quiere usted hacer testamento?

—No,—respondió D. Pedro.

—Bien, no insisto, porque no quiero violentarlo en su última hora. Dígame usted de palabra sus secretos;

vea en mí, no el juez que le viene á tomar cuenta de sus pecados, sino al antiguo amigo que acude solícito para acompañarlo, para hacerle menos amargo el tránsito de esta vida á la eternidad.

D. Pedro, callado, revolvía sus pupilas violentamente, se quería incorporar, intentaba hablar y no podía; se sacudía fuertemente hasta descomponer las ropas pesadas de la cama, hasta que al fin volvió á caer entre los cojines, diciendo con cierta energía:

—No, no, no; mañana estaré bueno y me levantaré.

El padre Martín estaba sobrecogido de terror al presenciar esa crisis nerviosa que retorció el cuerpo escuálido y gastado de D. Pedro; variaba á cada instante las facciones de su cadavérica fisonomía; pero al terminar, con la negativa tan terminante, á su vez sintió el eclesiástico que la cólera lo ahogaba y que el hombre se moría sin revelar el secreto del lugar ó persona que tenía el dinero de Aurora, y él, hombre justo y honrado que había dado á los pobres un capital de setenta mil pesos que poseía, quedaría eternamente con la nota de ladrón, que sólo podía evitar encerrando para siempre á Aurora en el convento é incomunicándola completamente con el mundo para el resto de su vida.

Se quedó un momento temblando, con los puños apretados, y acabando de matar con las centellas de su mirada al esqueleto repugnante que se removía debajo de la sobrecama de damasco de China, gritó con una voz terrible de profeta:

—¡Miserable gusano, pues que no quieres entrar en el reino de Dios por un puñado de oro que no te puedes llevar á la otra vida, yo te maldigo en nombre de Dios omnipotente, Señor del cielo y de la tierra!

¡Desafías su poder y desprecias su misericordia, pues muere, réprobo miserable, y húndete en lo más profundo de los infiernos!

El padre Martín, aterrorizado él mismo, arrepentido quizá de las palabras que acababa de proferir, cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos.

Arturo y José, sin saber ni por qué ni cómo, ni qué fuerza les empujaba, salieron del gabinete, bajaron las escaleras y salieron á la calle.

Rugiero asomó por la puerta opuesta su fisonomía inteligente, animada y casi risueña.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 D. A. N. S. I.
 CAPILLA ALFONSO X
 1.